



Soledad Fernández Lucena

# Con “ganas” de Espino

Durante casi treinta años, ininterrumpidamente, el Monasterio de El Espino (Burgos) ha acogido a cientos de jóvenes cada verano. Cuando se acerca julio, en muchas comunidades redentoristas empieza a “oler a Espino”. La misión de los jóvenes, como tantos otros acontecimientos de nuestra vida, se ha visto interrumpida por la pandemia. Este año tampoco se podrá celebrar un Espino “normal”.

Quizá esto nos ayude a valorar todo lo que significa la tercera semana de julio, es decir, El Espino. Encuentro, fe, confianza, profundización, darse cuenta, crecer, conocer, ensanchar, dialogar, preguntar, responder, reír, llorar, expresar...

Son tantos los jóvenes que han encontrado sentido a su vida desde esta experiencia de misión que estoy segura que la Virgen de El Espino ha tenido algo que ver en todo ello. El templo gótico, las paredes vacías, las luces tenues y cálidas, la música como un mantra... y en el centro la Virgen de El Espino. Ella con su Hijo en brazos nos mira y nos muestra, nos enseña y protege.

La imagen que acompaña estas palabras quiere ser recuerdo de tantos momentos de oración que se han quedado guardados en el corazón, quiere representar a tantos nombres que echan en falta un ratito de recogimiento ante ella, quiere significar todos los abrazos que no hemos podido dar y, sobre todo, quiere ser el deseo de volvernos a encontrar. Por eso, aunque este año no podamos celebrar, ella, María, se hace presente en nuestro corazón cuando cerramos los ojos y podemos imaginar que estamos sentados allí, en el suelo de la iglesia rezando a María. Feliz Espino.

